

tanto que por las venas de este descendiente de los labradores loreneses, que ahora escribe para usted estas líneas, circula sangre de raza conquistada; la sangre de los abuelos, siervos durante muchos siglos. Es verdad que entre mi cerebro y el del conde Andrés hay la misma distancia que entre el mío y el de usted, mi querido maestro..., mayor aún, porque yo, por mi parte, puedo comprender a usted, y yo desafío al conde a seguir uno solo de mis razonamientos, aun este mismo que ahora expongo acerca de nuestras mutuas relaciones. Para hablar con franqueza: yo soy un hombre civilizado, él no es más que un bárbaro. Pues bien; no he podido negarme a mí mismo que mi civilización resultaba menos aristocrática que su barbarie. Sentí entonces, de pronto, en las profundidades del instinto, adonde tan difícilmente desciende el pensamiento, la revelación de esa precedencia de la raza que la ciencia moderna afirma de la naturaleza toda, y que, por consiguiente, ha de ser verdadera también en el hombre. ¿Por qué dar ese nombre de envidia que sirve de rótulo a hostilidades no razonadas, como la que de repente me inspiró el conde? ¿Por qué esa hostilidad no había de ser una parte de la herencia de mis antepasados? Una adquisición humana cualquiera, por ejemplo, la del carácter y la de la energía activa, supone que durante siglos y siglos muchas filas de individuos, cuya rama representa uno, han querido y han obrado. La adquisición de un pensamiento vigoroso supone, por el contrario, filas de individuos que han reflexionado más que querido, y más que obrar han meditado. En el transcurso de muchos años, una antipatía, lúcida a veces,

obscura en ocasiones, ha hecho a los individuos del primer grupo odiosos a los del segundo, y cuando los representantes de esta labor soberana de las generaciones, tan típicos, cada cual en su género, como el conde y yo lo somos, se encuentran, ¿cómo no han de levantarse inmediatamente uno contra otro como dos animales de especie distinta? El caballo que jamás ha estado próximo al león, relincha espantado cuando amontonan en su cama paja en la cual se haya acostado una de esas fieras. El miedo, pues, se hereda, y el miedo ¿no es, por ventura, una de las formas del odio? ¿Por qué no habrían de heredarse todos los aborrecimientos? Y en muchos centenares de casos, la envidia no sería otra cosa, y no lo fué de seguro en mí, que el eco reproducido en nosotros de odios y rencores sentidos en otros tiempos lejanos por hombres cuyos hijos somos y que prosiguen, a través de varias generaciones, combates del corazón comenzados hace muchos siglos.

»Es muy común asegurar, y un proverbio lo dice, que las antipatías son recíprocas, y si mi hipótesis se admite, este fenómeno de la reciprocidad tiene sencillísima explicación. Acontece, sin embargo, que esa antipatía no se manifiesta en los dos seres a un tiempo mismo. Y esto suele ocurrir cuando uno de ellos no se digna mirar al otro, y también cuando este otro se oculta. No creo que el conde Andrés haya experimentado, desde nuestro primer encuentro, la aversión que de fijo habría sentido hacia mí si hubiera podido leer hasta el fondo de mi alma. Primeramente, el conde apenas si fijó su atención en mí, pobre muchacho de Clermont, llegado al castillo en con-

cepto de simple pasante; además, una vez encerrado en hogar extraño, había yo resuelto ocultar constantemente y con disimulo perseverante mi verdadero yo. No me repugnaba aquella hipocresía defensiva, como no había repugnado al jardinero de la Jussat revestir y guarecer los árboles del jardín para conservar, a pesar de las nieves y de los hielos, la frescura de las frutas.

»El disimulo de mi actitud, que siempre tuvo atractivos para mí por mi afición a *duplicarme*, correspondía demasiado a un orgullo intelectual de entonces para que yo me abandonase a él con verdadera complacencia. Pero el conde Andrés no tenía motivo alguno para ocultarme nada de su carácter, y aquella misma noche que siguió a mi llegada me rogó, cuando nos retirábamos, que le acompañase a su cuarto para charlar un poco. El conde ni me había mirado siquiera; comprendí, pues, perfectamente, que su intención era, no en modo alguno colocarse en pie de familiaridad conmigo, sino explicarme sus ideas, con relación a mi oficio de pasante.

»Ocupaba el conde una parte del castillo, compuesta de tres habitaciones: alcoba, tocador y despacho, en que a la sazón nos hallábamos. Brillaban en las paredes armas de todas procedencias; fusiles marroquíes traídos de Tánger, sables y mosquetes del primer Imperio, y un casco de soldado prusiano que el conde me enseñó así que entramos. El conde había encendido su pipa y preparado dos copas de aguardiente mezclado con agua de Seltz, y, lámpara en mano, alumbraba de cerca la parte de cobre del casco, y me decía:

»—En cuanto a éste, tengo la completa seguridad de haberle hecho caer yo mismo... ¿No conoce usted la sensación de tener un enemigo al alcance de nuestro fusil, de apuntarle, de verle caer y de decirse *uno menos*? Era en un pueblecillo próximo a Orleans... Estaba yo de centinela, cuando comenzaba a amanecer. En el ángulo del cementerio; por encima de la tapia veo una cabeza que pasa, que mira, veo unos hombros que siguen... Era un curioso que venía a enterarse de lo que hacíamos. No pudo regresar para contarlo.

»Dejó la lámpara sobre la mesa, y después de haber reído con aquel recuerdo, tornóse grave su rostro. Creí que era deber mío, por mera cortesía, humedecer los labios con aquella mezcla de alcohol y de agua gaseosa que me abrasaba el paladar, y el conde continuó:

»—He querido que hablásemos hoy mismo para explicar a usted el carácter de Luciano y en qué sentido conviene que usted le dirija. El profesor a quien usted reemplaza era hombre excelente, pero débil y poco activo. He apoyado la candidatura de usted porque es usted joven, y para la tarea de que se trata conviene un joven más que un viejo. La instrucción, caballero, nada vale, a mi juicio, menos que nada en algunas ocasiones y peor que nada cuando conduce á falsificar las ideas. Lo principal en esta vida... ¿qué lo principal?, lo único, es el carácter.

»Detúvose al llegar a este punto como pidiéndome opinión; respondí yo con algunas palabras muy insustanciales, pero que indicaban mi asentimiento, y el conde prosiguió:

»—Perfectamente; me parece que vamos a entendernos. En la actualidad, usted lo comprende como yo, no existe en Francia para un hombre de nuestra clase más que una carrera: la de soldado.

»En tanto que este pobre país se encuentre en su interior a merced de la canalla y en el exterior tengamos necesidad de luchar con Alemania, nuestro sitio está en el único terreno que se nos ha dejado: el ejército. A Dios gracias, mis padres piensan sobre este particular lo mismo que yo pienso. Luciano será militar, y un militar, digan cuanto quieran los reformistas de ahora, no ha menester mucha sabiduría. Honor, sangre fría y músculos; el que teniendo todo eso sienta además amor a su patria, ya posee cuanto necesita. Yo, yo mismo, que ahora hablo con usted, he pasado los apuros mayores para llegar al bachillerato.

»En una palabra, es necesario que entienda usted bien que este año en el campo ha de ser, para Luciano sobre todo, un año de respirar aires, de llevar una vida algo ruda; y en cuanto a los estudios, han de ser para él a modo de conversación. Y justamente acerca de estas conversaciones con él quiero decir a usted algunas palabras. Deseamos que usted insista sobre el lado positivo y práctico de las cosas y eso desde el principio; conviene que algunos defectos sean corregidos desde luego.

»Seguramente lo encontrará usted muy bueno, pero demasiado flojo; es preciso que se acostumbre a soportarlo todo. Exija usted de él, por ejemplo, que salga en todo tiempo, que ande diariamente dos o tres horas. Es poco aficionado a la exactitud y ten-

go verdadero empeño en que sea puntual como un cronómetro. Es, además, algo mentirosillo. Para mí este es el peor de todos los vicios. Todo puedo perdonárselo a un hombre, todo, hasta las mayores locuras; yo mismo he cometido muchas; pero no perdono jamás un engaño.

»El antiguo profesor de mi padre me ha dado de usted tan favorables noticias; tanto me ha hablado de la conducta de usted con respecto a su señora madre, de la rectitud con que usted procede en todo, de la dignidad que siempre ha demostrado, que mi familia y yo contamos de antemano con la influencia de usted sobre Luciano. La edad de usted permite que Luciano halle ahora en su preceptor nuevo, más que un preceptor, un camarada; el ejemplo es, ya lo sabe usted, la mejor de las enseñanzas. Diga usted a un recluta que es hermoso y noble adelantar bajo el fuego del enemigo, y de fijo el recluta no comprenderá lo que usted le dice; adelántese usted a él, marche usted con valor y arrojo, y el recluta acabará por ser más arrojado que usted.

»En cuanto a mí, voy a unirme a mi regimiento dentro de algunos días; pero presente o ausente yo, usted puede contar con todo mi apoyo si alguna vez se trata de adoptar alguna medida enderezada a lograr que ese muchacho llegue a ser lo que es necesario que sea: un hombre que pueda servir con valor a su país, y, si lo permite Dios, a su rey.

»Este discursillo, que me parece haber reproducido con exactitud, nada tenía que pudiera maravillarme. Era naturalísimo que en una casa en que el padre era un viejo monomaniaco, la madre una ama-

de gobierno, la hermana tímida y de poca edad, dirigiese como jefe el hermano mayor, y que éste hablase al preceptor recién llegado. Era naturalísimo también que un militar y aristócrata, educado en las ideas de su clase y de su profesión, me hablase como militar y como aristócrata. Usted, mi querido maestro, con su universal comprensión de las naturalezas, con su facilidad en separar el lazo necesario de unión entre el temperamento y el medio de las ideas, hubiera visto en el conde Andrés Jussat, un caso muy definido y muy significativo. Y yo mismo, ¿para qué había preparado mi cuaderno de cerradura, sino para recoger documentos de esta especie sobre la naturaleza humana? ¿No los encontraba yo en aquel oficial tan bueno, tan sencillo, que manifestaba su manera de pensar evidentemente idéntica a su modo de ser, de respirar, de moverse, de fumar y de comer? Comprendo perfectamente que mi filosofía no era como sangre de mis venas ni como medula de mis huesos, porque aquel discurso y las opiniones que él expresaba, lejos de complacerme por este raro hallazgo de lógica, exacerbaron la llaga de antipatía súbitamente abierta, no sé dónde, acaso en mi amor propio, que al fin yo era el ruin y el débil delante del fuerte, de seguro en lo más íntimo de mi sensibilidad.

»Ninguna de las ideas emitidas por el conde tenían a mis ojos valor alguno. Eran para mí puras niñerías, y, sin embargo, en vez de menospreciar esas niñerías como en otra ocasión hubiera yo hecho, hallábalas abominables en sus labios. ¡La profesión de soldado! Considerábala yo tan miserable por el tiem-

po perdido en ella y por la intimidad brutal que impone, que me había regocijado ser hijo de viuda para librarme de la barbarie del cuerpo de guardia y de las miserias de la disciplina. ¡El odio a Alemania! Habíame consagrado yo a destruirle dentro de mí mismo como la peor de las preocupaciones, tanto por antipatía hacia camaradas imbéciles, a quienes veía exaltados por su patriotismo ignorante, cuanto por la admiración religiosa que aún inspira el pueblo a quien la psicología debe a Kant y a Schopenhauer, Lotze y Fechner, Helmholtz y Wundt. ¡La fe política! Yo miraba con idéntico desprecio las hipótesis groseras que con el nombre de legitimismo, republicanismo, cesarismo, etc., pretenden gobernar un país *à priori*. Soñaba yo con el autor de los *Diálogos filosóficos*, una oligarquía de sabios, un despotismo de psicólogos, de economistas, de fisiólogos y de historiadores. ¡La vida práctica! Era la vida empuñada para mí que no veía en el mundo exterior otra cosa que un campo de experimentaciones, donde un espíritu libre se aventura con prudencia y solamente lo necesario para recoger emociones. En fin, ese desdén por la mentira y el engaño que profesaba mi interlocutor me hería como un insulto, y al propio tiempo aquella confianza absoluta en mi moralidad, fundada en una idea falsa de mi persona, me molestaba, me hería.

»Ciertamente la contradicción era curiosa; presentábase yo como igual al retrato que el antiguo amigo de mi padre había hecho de mí; halagábame, en cierto modo, que así me creyese y al propio tiempo me sentía irritado porque el conde Andrés no des-

confiara de mí. Existe aquí un pliegue del corazón que desconcierta mi análisis; pero ¿qué prueba esto sino que nunca nos conocemos por completo a nosotros mismos? Usted lo ha dicho, querido maestro, magnífica y admirablemente: «Los estados de nuestra conciencia son lo mismo que islas en un océano de tinieblas que nos oculta la base. La labor del psicólogo es estudiar, por medio de frecuentes sondas, el terreno que hace de estas islas vértices visibles de una cordillera de montañas invisibles e inmóviles, bajo la movible masa de las aguas.»

»Si he insistido tanto en esta noche que siguió a mi entrada en el castillo, no es porque haya tenido consecuencias inmediatas, pues me retiré después de haber asegurado al conde Andrés que estábamos perfectamente de acuerdo acerca de la dirección que convenía dar a su hermano menor, y una vez en mi cuarto, me limité a estampar aquellas palabras en mi libro de notas con un comentario más o menos desdeñoso. Pero esta primera impresión hará seguramente que usted adivine qué impresiones análogas la sucedieron y la crisis inesperada, aunque muy natural, que resultó de ellas. Hay aquí una de esas cordilleras submarinas de que usted habla, y cuyos pormenores veo hoy del todo, arrojando la sonda al fondo, muy al fondo de mi corazón.

»Bajo la influencia de los libros y del ejemplo de usted, querido maestro, me había yo *intelectualizado* cada vez más y creía haber renunciado definitivamente a la enfermiza curiosidad de las pasiones que me hacía hallar en otro tiempo picantes placeres en

mis lecturas culpables y hasta en el disgusto de mis sensuales relaciones con Mariana.

»Así guardamos, dentro de nosotros mismos, pedazos de alma que hemos visto muy vivos, que juzgamos muertos, y que sólo están adormecidos. He aquí de qué modo, y poco a poco, cultivando sólo durante quince días el trato de aquel hombre, que apenas me llevaba nueve o diez años y que era todo realidad, todo energía, la existencia de pura especulación que, en otro tiempo, tan sinceramente yo había soñado, comenzaba a parecerme... ¿cómo diré yo? ¿Inferior? ¡Oh no! No hubiera consentido, ni por el valor de un Imperio, en convertirme en el conde Andrés, con su nombre, su fortuna, sus ventajas físicas y sus ideas. ¿Descolorida? Tampoco. Bastábame recordar una aparición única: el perfil de usted destacándose sobre la ventana del despacho en el fondo del paisaje parisiense, tan vasto, tan triste, para probar los goces de las meditaciones poéticas.

»El vocablo *incompleta* es el único adecuado para resumir la impresión poco favorable a mí mismo que la simple comparación entre la existencia del conde y la mía esparció en mis propias convicciones. En este sentimiento de hallar incompleta mi personalidad residió el principio tentador de que fui víctima. Nada hay, por cierto, de original, según yo entiendo, en este estado del espíritu de un hombre que, habiendo cultivado, tal vez con exceso, en sí mismo, la facultad de pensar, encuentra otro hombre que ha cultivado en el grado mismo la facultad de obrar y que se siente atormentado por una especie de nostalgia delante de esa naturaleza de acción, poco antes

menospreciada. De esta nostalgia ha sacado Goethe su Fausto. Yo no era un Fausto, yo no había apurado, como el doctor caduco, la copa de la ciencia, y, sin embargo, es preciso creer que mis estudios de los últimos años, al exaltarme en un sentido muy especial, habían dejado en mí facultades y aptitudes sin empleo que se estremecieron de emulación al aproximarse a un representante de otra raza de hombres.

»Mientras yo le admiraba, le envidiaba y le despreciaba, todo a un tiempo, durante los días sucesivos no podía yo impedir que trabajase mi cabeza y que mis razonamientos adelantasen. Y pensaba yo: un hombre que igualase a éste, por la acción, y que me igualase en el pensamiento, sería realmente el hombre superior que yo he querido ser. Pero la acción y el pensamiento, ¿no se excluyen? No se excluían en la época del Renacimiento; no han sido incompatibles en las épocas más próximas de Goethe, que encarnó en sí mismo la doble naturaleza de su Fausto, sucesivamente filósofo, hombre de mundo, poeta y ministro; ni en Stendhal, novelista y teniente de dragones; ni en Constant, que fué autor de *Adolfo* y un fogoso orador, y además jugador, duelista y enamorado.

»Esta cultura completa del *yo*, cultura de la cual había yo hecho el resultado último, el fin supremo de mis doctrinas, ¿podía marchar sin este doble juego de facultades, sin ese paralelismo entre la *vida vivida* y la *vida pensada*? Probable es que el primer sentimiento experimentado por mí al verme desposeído así de todo un mundo, el mundo de los hechos, sólo fuese orgullo. Pero en mí, por la natura-

leza filosófica de mi vida, las sensaciones se transforman pronto en ideas. Los menores accidentes me sirven para proponer problemas generales. Cada acontecimiento de mi destino me lleva a teorías sobre todo destino. Allí donde otro joven cualquiera se hubiese dicho: «Es triste que la suerte no me haya permitido más que una clase de desarrollo.» Yo me puse a recapacitar si me habría yo engañado sobre la ley en todo desenvolvimiento. Desde que yo, gracias a los admirables libros de usted, había libertado y alejado del alma los varios terrores religiosos, no conservaba yo de mis antiguas prácticas piadosas más que una: la costumbre de hacer un examen de conciencia cotidiano, bajo forma de memoria o discurso, y de vez en cuando hacía lo que yo llamaba una oración. Transportaba yo, como ya he dicho a usted, con regocijo extraño la religión al dominio de mi sensibilidad personal. A esto lo denominé entonces la liturgia del *yo*. Recuerdo que una de las tardes de la segunda semana que pasé en el castillo de Jussant, empleé muchas horas en redactar una confesión general, es decir, en levantar un cuadro completo de mis instintos diversos desde el más lejano despertar de mi conciencia. En ese cuadro vine a obtener la conclusión de que el rasgo esencial de mi carácter, la característica de mi sér íntimo había sido siempre, como ya lo he indicado al principio de este trabajo, la facultad de *duplicarme*. Significaba esto que yo había sufrido siempre una tendencia a ser, a un tiempo mismo, apasionado y reflexivo, a vivir y a mirar cómo viven. Pero encerrándome como yo deseaba en la reflexión pura, desdendiendo

la existencia para no ser otra cosa que una mirada clavada sobre la vida ¿no corría yo el peligro de parecerme a ese Amiel, cuyo diario doloroso aparecía entonces, de esterilizarme por el abuso del análisis en el vacío? Para fortificarme en la resolución de una existencia abstracta, inútilmente se me presentaba la imagen de usted, venerado maestro. Recordaba yo las frases que acerca del amor había leído en la *Teoría de las pasiones*. «No ha sido siempre lo que es ahora», me decía a mí mismo: «un misterio criminal ha debido de llenar su juventud», y veía a usted, cuando tuviese mi edad, abandonándose a experimentos culpables que ya no tentaban osadamente en aquellas idas y venidas de mi pensamiento.

»No sé si esta química del alma, muy complicada y, sin embargo, muy sincera, parecerá a usted suficientemente lúcida. El trabajo en virtud del cual se elabora en nosotros una emoción y acaba por resolverse en una idea, permanece tan obscuro, que esta idea es casi siempre precisamente lo contrario de lo que un sencillo razonamiento habría previsto. ¿No habría sido natural, por ejemplo, que la especie de admiración repulsiva producida en mi espíritu por el conde Andrés hubiese concluído, ya por una repulsión declarada, ya por una admiración definitiva? En el primer caso debería yo haberme abismado más y más en la ciencia; en el segundo desear una moralidad más activa, más virilidad práctica en mis actos. Sí, yo habría debido, pero lo natural en cada uno es su naturaleza. Mi naturaleza exigía que por una metamorfosis, cuyo proceso he procurado pintar a usted del mejor modo que me ha sido posible, la admi-

ración repulsiva hacia el conde llegase a ser en mí un principio de crítica con respecto a mí mismo, y que esta crítica diese nacimiento a la teoría un poco nueva de la vida; que esta teoría despertase mi predisposición natural a las curiosidades pasionales, y que se fundiese el todo en una nostalgia de experimentos sentimentales, y que precisamente en ese momento una joven se hallase en mi intimidad, joven cuya sola presencia hubiera sido bastante para despertar el deseo de agradecerle en cualquier joven de mis años.

»Pero yo era demasiado pensador para que tal deseo hubiese nacido en mi corazón sin haber pasado antes por la cabeza. Por lo menos, así he sufrido el hechizo de la delicadeza y de la gracia que emanaba de aquella niña de veinte años: lo he sufrido figurándome que estaba razonándolo.

»Momentos hay en que me pregunto si, en efecto, ha sucedido así; en que toda mi historia me parece mucho más sencilla, y me digo: «Me he enamorado natural y sencillamente de Carlota porque es hermosa, delicada, tierna y yo soy joven. Después he querido darme a mí mismo pretextos de meditación cerebral, porque era yo un orgulloso de la idea y no quería haberme enamorado como cualquiera otro.» ¡Ah! ¡Cuánto me consuela pensar de este modo! Puedo entonces compadecerme a mí mismo en vez de causarme horror, como me sucede cuando me acuerdo de lo que antes he pensado, de aquella resolución fría acariciada en mi espíritu, estampada en mis cuadernos primero y después, ¡ay!, realizada en los acontecimientos; la resolución de seducir a la

pobre niña sin amarla, por pura curiosidad de psicólogo, por el gusto de obrar, de manejar, también yo, un alma viva, de contemplar directamente este mecanismo de las pasiones, estudiado hasta entonces en los libros, por la vanidad de enriquecer mi inteligencia con un experimento nuevo. Pero sí; esto es lo que he querido y no podía yo dejar de quererlo dirigido como estaba por estas herencias, por esta educación que ya he explicado a usted; transplantado a un medio nuevo en el cual la casualidad me arrojaba, y mordido, como lo fui, por el feroz espíritu de rivalidad hacia aquel insolente joven a quien miré desde luego como enemigo.

»Y, sin embargo, ¡cuán digna era aquella niña, tan pura, tan tierna, de hallar otro que no hubiera sido yo; que no hubiera sido una máquina fría y mortal de cálculos intelectuales! Sólo de pensar en esto se me destroza dolorosamente el corazón, a mí, que me juzgaba seco y exacto como diagnóstico de médico. No llegué a fijarme en su hermosura desde la primera noche, porque, efectivamente, Carlota no presentaba al primer golpe de vista aquella perfección de líneas del rostro, aquel brillo de color, aquella majestad en el aspecto que obliga a decir de una mujer que es muy hermosa. Todo era en su fisonomía delicadeza, vaguedad, medias tintas, desde el matiz de sus cabellos castaños hasta el de sus pupilas de un gris algo obscuro, en su rostro, ni muy pálido ni muy rosado. Estudiando su expresión se la juzgaba modesta; y se la juzgaba débil cuando se fijaba la atención en la finura de sus pies y de sus manos y en la gracia de sus movimientos. Aunque era de estatura

más baja que alta, no lo parecía por lo bien proporcionado de su cabeza y de su cuello, que tenía naturalmente elevada y noble. Si el conde Andrés reproducía uno de sus comunes predecesores por un atavismo evidente, ella lograba parecerse a su padre; pero con tan hechicero idealismo de líneas, que no era dable pensar en esta semejanza cuando no se los veía al uno cerca del otro. Fácilmente se reconocían en ella, sin embargo, la influencia de las disposiciones nerviosas que en su padre habían producido la hipocondría. Carlota era de una sensibilidad casi enfermiza que se revelaba, en algunos momentos, por un ligero temblor de las manos y de los labios, aquellos hermosísimos labios sinuosos en que residía una bondad casi divina. Su barba, muy firme, anunciaba una rara fuerza de voluntad en aquella envoltura débil, y ahora comprendo que la profundidad de sus ojos, de vez en cuando inmóviles y como atraídos por un punto sólo para ella visible, denunciaba una tendencia funesta a la idea fija. ¿Cómo podía yo haber observado esto desde luego? El primer rasgo que advertí en ella, en la segunda semana que siguió a mi llegada, fué el de su bondad extremada, y eso gracias a Luciano, mi discípulo.

»Este niño me contó que su hermana le había suplicado varias veces que averiguara de mí si yo necesitaba algo, si me faltaba alguna cosa en mi cuarto... pormenor muy pueril, es cierto, pero que me conmovió porque yo me sentía muy solo en aquella casa tan grande, en la que, desde mi llegada, nadie me prestaba la menor atención. El marqués no aparecía más que en el almuerzo; presentábase envuelto



en su bata y se quejaba de su falta de salud o hablaba mal de las cosas políticas; la marquesa sólo pensaba en aumentar cuanto podía las comodidades del castillo y sostenía largas e interesantes conversaciones con un tapicero venido de Clermont; el conde Andrés montaba a caballo por la mañana, cazaba por la tarde, y por la noche fumaba cigarrillos sin dirigirme la palabra; el aya y la religiosa se observaban y me observaban con una discreción glacial; mi discípulo era un muchacho haragán y tosco, que solamente poseía una buena condición, la de ser muy sencillo, muy confiado y contarme todo cuanto yo tenía ganas de saber acerca de él mismo o de su familia. De este modo supe que la permanencia en el campo aquel año había sido una idea del conde Andrés, cosa que no me maravilló, pues cada vez comprendía yo más claramente que él era el verdadero jefe de la familia; supe que en el año anterior había querido el conde casar a su hermana Carlota con uno de sus camaradas, el señor de Plane; que Carlota se había negado y el señor Plane había partido para el Tonkín; supe... ¿pero qué importan estos pormenores?

»En nuestras dos clases diarias, una por la mañana, desde las ocho a las nueve y media, y otra por la tarde, desde las tres a las cuatro y media, costábame gran trabajo fijar la atención de mi alumno. Sentado en su silla, enfrente de mí, al otro lado de la mesa y pasando su lengua por el paladar mientras llenaba el papel con letras muy gordas y muy mal hechas, guiñábame el ojo y espiaba en mi rostro la menor señal de distracción. Con ese instinto animal y segu-

ro de los niños, advirtió muy pronto que yo le llevaba con menos prisa a sus trabajos cuando él me hablaba de su hermano o de su hermana, y he aquí de qué modo aquella inocente boca me reveló que existía en aquel castillo, frío y extraño para mí, alguien que pensaba en mi bienestar, alguno a quien mis comodidades interesaban algo. ¡Echaba yo tanto de menos a mi madre, aunque no quisiera confesármelo a mí mismo! Y esta nonada, que no significaba, sin embargo, otra cosa que un interés de insubstancial cortesía, fué la que me hizo mirar más atentamente a la señorita de Jussat.

»El segundo rasgo que en ella descubrí después de su bondad, fué su afición a lo novelesco; no porque Carlota hubiese leído muchas novelas, sino porque tenía, como ya he dicho a usted, una sensibilidad muy viva, y esa sensibilidad le había dado algo así como disgusto de la realidad. Sin que ella misma lo sospechara, Carlota era muy diferente de su madre de su padre y de su hermano, y ella podía mostrarse a su familia en la verdad de su naturaleza, ni ver a la familia misma en la realidad de la de ésta sin sufrir al hacerlo. Así, pues, ella no se mostraba a ellos, y se obstinaba además en no verlos. Espontáneamente, ingenuamente, Carlota había formado de aquellos seres a quienes amaba, ideas en armonía con su corazón, y de tal suerte contrarias a la evidencia, que hubiera pasado por falsa o por adulatora a los ojos de un observador malévolo o desconfiado. Decía a su madre, de espíritu tan vulgar: «usted, mamá, que es tan delicada;» a su padre, tan cruelmente egoísta: «papá, usted que es tan bueno;» a su hermano, tan